

El Bordo, la anteposición del doble

Nedda G. de Anhalt

A veinte y cuatro años de su primera publicación, se reedita *El Bordo*,¹ una de las primeras novelas del escritor veracruzano Sergio Galindo. Su relectura impone nuevas interpretaciones y correspondencias.

Uno de los aspectos más interesantes que encuentro y que Galindo empleará en textos posteriores es la construcción de la novela a base de confrontar los dobles. Dicho de otro modo, el texto parece asentarse sobre una serie de oposiciones fijas que permiten un número de interacciones variables en las parejas y en las mismas situaciones.

El Bordo es la historia de la fundación y desintegración de los miembros de la familia Coviella, cuyos inicios se deben a la fusión de dos raíces: la española y la mexicana en el matrimonio de una pareja de hermanos. El de Joaquina con Larragoitia, por interés o necesidad. El de su hermano Eusebio con Teresa, por amor. La primera alianza es

estéril. La segunda tiene dos hijos: Gabriel, el mayor, es conciliador y ama la ciudad; Hugo, el menor, es rebelde y se identifica con el campo. Las esposas de ambos son dos personalidades opuestas. Lorenza, la de Gabriel, es una Landero que lucha por preservar el abolengo y el poderío de su familia. Ella ha crecido y vivido acostumbrada a la neblina. Esther, la de Hugo, rechazada por su propia madre, trata de encontrar un espacio en el amor de Hugo y de integrarse a los Coviella. Por haber nacido en la ciudad "de la eterna primavera", sólo conoce el sol y las flores. Las dos jóvenes parejas plantean una lucha generacional contra el matriarcado feroz de Joaquina y Doña Teresa. El combate se reduce a dos representantes: Hugo y Joaquina. Ambos se aman, se odian y pelean constantemente. Ambos son iguales.

Galindo contrapone, a su vez, a los cuatro personajes femeninos. El binomio fuerte, representando el poder, lo encarnan, con rivalidad, la tía Joaquina y su sobrina Lorenza. El binomio débil lo personifican Esther y su suegra, Doña Teresa. Esta última vive arrullada por los rezos y envuelta así por una niebla hipócrita de imágenes y ritos religiosos. Am-

¹ Sergio Galindo, *El Bordo*, Primera edición (Letras mexicanas) 1960. Primera edición en Lecturas Mexicanas 1984, ed. Fondo de Cultura, 210 p. Diseño y fotografía de la portada: Rafael López Castro.

bas mujeres sufrirán el alcoholismo y el suicidio de sus esposos.

En el medio de la nada, o en el espacio abierto, frío y nebuloso en el cual está enclavada la hacienda de los Coviella y donde sucede la acción de la novela, se contraponen el espacio cerrado, asfixiante y pasional de esta familia que materialmente se devora en una suerte de canibalismo emocional. Una breve escapada de las dos jóvenes parejas al calor y al mar no cambia en nada esta situación.

El mundo refinado de la hacienda se enfrenta al de Lucio, Francisco, Cristóbal, Alejandro y Rita, los servidores, que se enlazan en el trato simpático de Hugo, patrón a su vez de esta pequeña familia.

La novela finaliza con la aparente dispersión de este clan. Pero la carta final de Lorenza encadena, el aparente fin de la historia que termina con su comienzo, Lorenza es el símbolo perfecto de la continuidad de un orden. Ella será ya una Coviella que vuelve a enlazar al viejo y al nuevo mundo. Sus hijos serán los eslabones que personifican la nueva dicotomía. Es otra vez una pareja. Eusebio, el hijo mayor es un Landero, un aristócrata que jamás será un campesino; mientras que Hugo el menor, heredará los ojos azules de su abuelo y tío. Es la imagen alegórica que enlaza a tres generaciones y que perpetúa la angustia existencial de estos seres condena-

dos a vivir siempre al filo, no del agua, sino del precipicio.

En esta novela, la anteposición del doble, cobra una significación más trágica que fantástica.

Sergio Galindo junto con Carlos Fuentes, han sido entre otros de nuestros novelistas, los que con más rigurosidad y cuidado han trabajado la estructura de sus novelas, introduciendo en ellas toda suerte de juegos estilísticos espacio-temporales.

Los veinte y cuatro años pasados, le confieren a *El Bordo* estatura y significación. La novela se vincula con lo que Paz señalaba como nuestra mejor estirpe: la provincia. Y que tiene, en el poeta López Velarde a su mejor exponente, y en las novelas: al Comala de *Pedro Páramo* de Rulfo o la Aldea de Yáñez en *Al filo del agua*.

El Bordo se emparenta con ambas y se acerca más con la segunda, en su lejanía geográfica, en la omnipresencia de la religión católica, en su lujuria contenida y más que nada en la penetración de "ciertas zonas brumosas del hombre". En *El Bordo*, a mi modo de ver, estamos en la provincia como Paz la define, como "el lugar del juicio".²

² Octavio Paz, *Puertas al campo*, ed. Seix-Barral 1966, 1972, 233 p., p. 118.